

ron á llamarse Cardenales, y se arrogaron tantas facultades, sobre todo después de excluir al pueblo romano de la elección de los Pontífices, que rara vez resultaba elegido alguno que no fuera Cardenal. Así, pues, muerto Pascual, fué elegido pontífice Eugenio II, del capitulo de Santa Sabina.

Después que Italia estuvo en manos de los franceses, mudó en parte de forma y organización, por adquirir el Papa en lo temporal mayor autoridad. Ellos trajeron los títulos de condes y marqueses, como antes Longino, exarca de Ravena, creó los de duques.

Ascendió después al pontificado el romano Osporco, y por la fealdad de su nombre se hizo llamar Sergio; empezando así la mutación de nombre que hacen los Papas al ser elegidos.

XII. Muerto el emperador Carlos, le sucedió su hijo Luis y, al morir éste, hubo tantas discordias entre sus hijos, que, en tiempo de sus nietos, perdió la casa de Francia el Imperio, siendo entregado á Alemania. Llamose Arnolfo el primer emperador alemán.

Y no sólo la familia de Carlos perdió por sus discordias el Imperio, sino también la Italia, porque los Lombardos, recobrando la fuerza, ofendían al Papa y á los romanos; tanto, que el Pontífice, no sabiendo á quién acudir, nombró por necesidad rey de Italia á Berenguer, duque del Friuld.

Estos sucesos inspiraron á los Hunos, que se encontraban en Pannonia, la resolución de invadir la Italia. Combatieron con Berenguer, pero viéronse obligados á volver á su provincia, que, de su nombre también, se llamaba Hungría.

Era entonces emperador de Oriente, Romano que,

siendo prefecto del ejército, había usurpado el Imperio á Constantino, y porque durante estas novedades se habían rebelado la Pulla y la Calabria que, según antes dijimos, obedecían al Imperio, indignado por la rebelión, permitió á los sarracenos pasar á estas provincias, como lo hicieron, apoderándose de ellas, y hasta intentaron tomar á Roma. Los romanos, porque Berenguer estaba ocupado en defenderse de los Hunos, nombraron su capitán á Alberico, duque de Toscana, cuya bravura salvó á Roma de los sarracenos. Al abandonar éstos el asedio, construyeron una fortaleza sobre el monte Galgano, desde donde dominaban la Pulla y la Calabria y combatían al resto de Italia. De esta suerte, estaba entonces Italia grandemente afligida, atacándola por los Alpes los Hunos y por Nápoles los sarracenos. Tales trabajos sufrió muchos años, durante el reinado de tres Berengueres, que se sucedieron uno á otro en el trono; en cuyo tiempo el Papa y la Iglesia eran de continuo perturbados, no sabiendo dónde acudir, por la desunión de los príncipes occidentales y por la impotencia de los orientales.

La ciudad de Génova y las costas inmediatas fueron en este tiempo asoladas por los sarracenos, y de aquí provino el engrandecimiento de la ciudad de Pisa, donde se refugiaron muchos que huían de su patria. Todo esto ocurría en el año 931 de la era cristiana. Pero elegido emperador Othón, hijo de Enrique y Matilde, duques de Sajonia, hombre prudente y de gran fama, el papa Agapito le rogó viniese á Italia, y la librara de la tiranía de los Berengueres.

XIII. Los Estados de Italia en aquel tiempo estaban distribuidos del modo siguiente: la Lombardia so-

metida á Berenguer III y á su hijo Alberto. La Toscana y la Romaña gobernadas por un ministro del Emperador de Occidente. La Pulla y la Calabria, en parte por el Emperador de Oriente, y en parte por los sarracenos. En Roma eran anualmente elegidos dos Cónsules de la nobleza, que gobernaban conforme á los antiguos usos y costumbres; uníase á ellos un prefecto, encargado de administrar justicia al pueblo, y un consejo formado por doce miembros, que anualmente enviaba Rectores á los lugares dependientes de los Romanos. El Papa tenía en Roma y en toda Italia más ó menos autoridad, según el crédito que gozaba con los Emperadores ó los que eran en ella más poderosos.

El emperador Othón vino á Italia quitó el reino á los Berengueres, que habían reinado cincuenta y cinco años y restituyó su dignidad al Pontífice.

Tuvo este Emperador un hijo y un nieto, llamados también Othón, que le sucedieron uno después del otro en el Imperio.

En tiempo de Othón III el papa Gregorio V fué expulsado por los romanos, por lo cual Othón vino á Italia y lo restableció en Roma. El Papa, para vengarse de los romanos, les quitó el derecho á nombrar Emperador, y lo concedió á seis potentados de Alemania: tres obispos, los de Maguncia, Tréveris y Colonia, y tres príncipes, el de Brandeburgo, el Palatino y el de Sajonia. Esto ocurrió en el año 1002.

A la muerte de Othón III, los Electores nombraron Emperador á Enrique, duque de Baviera, quien doce años después fué coronado por Esteban VIII. Eran Enrique y su mujer Simeona de santísima vida, lo cual se ve por los muchos templos que dotaron y edificaron,

entre ellos el de San Miniato, junto á la ciudad de Florencia.

Murió Enrique en 1024. Sucedióle Conrado de Suavia, y á éste Enrique II, que vino á Roma y, habiendo cisma de tres Papas, destituyó á los tres, haciendo elegir á Clemente II, que le coronó Emperador.

XIV. Estaba gobernada entonces Italia, parte por el pueblo, parte por los príncipes y parte por los mandatarios de los Emperadores, de quienes el de mayor autoridad y á quien los demás obedecían se llamaba Canciller. Entre los príncipes, el más poderoso era Godofredo y su mujer la condesa Matilde, hija de Beatriz, hermana de Enrique II. Ésta y su marido poseían á Luca, Parma, Regio y Mantua, con todo lo que hoy se llama el Patrimonio.

Por entonces combatía mucho á los Pontífices la ambición del pueblo romano. Primero se había servido de la autoridad de aquéllos para librarse de los Emperadores, y después, cuando tuvo el dominio de la ciudad y la reformó á su gusto, convirtiéndose en enemigo de los Pontífices, quienes recibieron muchas más injurias de este pueblo que de príncipe alguno cristiano; de suerte, que mientras los Papas hacían temblar todo el Occidente con sus censuras, luchaban con las rebeliones del pueblo romano, trabajando cada partido por destruir la autoridad y la reputación de su contrario.

Nombrado pontífice Nicolás II, quitó, como Gregorio V, á los romanos el nombramiento de Emperador, y además les privó del derecho de concurrir á la elección de Papa, determinando que correspondiera solamente á los Cardenales. No contento con esto, y de acuerdo con los príncipes que gobernaban la Calabria y la Pulla, por las

causas que seguidamente explicaremos, obligó á todos los oficiales nombrados por los romanos, en virtud de su jurisdicción, á prestar obediencia al Papa, y á algunos les privó de sus cargos.

XV. Hubo á la muerte de Nicolás un cisma en la Iglesia, porque el clero de Lombardia no quiso prestar obediencia á Alejandro II, elegido en Roma, y nombró antipapa á Cadolo de Parma. El emperador Enrique, que odiaba el poder de los Pontífices, dió á entender al papa Alejandro que renunciara al Pontificado, y á los Cardenales que fueran á Alemania á elegir nuevo Papa. Por esto, fué el primer príncipe que sintió todo el poder de las armas espirituales, pues el Papa reunió un Concilio en Roma, y privó á Enrique del Imperio y del Reino. Unos pueblos italianos siguieron el partido del Papa y otros el de Enrique, naciendo de aquí los bandos de güelfos y gibelinos, de modo que Italia, libre ya de las irrupciones de los bárbaros, fué desgarrada por luchas intestinas.

Excomulgado Enrique, le obligó su pueblo á venir á Italia y, descalzo y de rodillas, pedir perdón al Papa. Sucedió esto en 1080.

Surgió poco después nueva discordia entre el Papa y Enrique, por lo cual le excomulgó aquél nuevamente, y el Emperador mandó á su hijo, llamado también Enrique, con un ejército á Roma, y con ayuda de los romanos, que odiaban al Papa, le sitió en la fortaleza. Roberto Guiscardo vino desde la Pulla en socorro del Pontífice, y Enrique no le esperó, volviendo á Alemania. Los romanos solos se obstinaron en no ceder, y Roma fué nuevamente saqueada por Roberto, volviendo al estado de ruinas de que la habían sacado los cuida-

dos de muchos Pontífices. Como á este Roberto se debe la creación del reino de Nápoles, no es superfluo explicar detalladamente de dónde vino y lo que hizo.

XVI. Cuando ocurrió la desunión de los herederos de Carlomagno, según hemos dicho, dióse ocasión para que nuevos pueblos septentrionales, llamados Normandos, acometieran á Francia y ocuparan la parte que hoy se llama, de su nombre, Normandía. Una parte de estos pueblos vino á Italia cuando los Berengueres, los sarracenos y los Hunos la infestaban, y ocupó algunas tierras de la Romaña, donde se mantuvo por su valor durante aquellas guerras. Tancredo, uno de estos príncipes normandos, tuvo varios hijos, entre ellos Guillermo, llamado *Ferabac* (brazo de hierro), y Roberto, apellidado Guiscardo. Guillermo era el sucesor en el principado. Los disturbios de Italia habían cesado en parte. Pero los sarracenos dominaban en Sicilia, y desde allí hacían excursiones por las costas italianas. Por esto, Guillermo convino con el príncipe de Capua, con el de Salerno y con el griego Melorco, que á nombre del Emperador de Oriente gobernaba la Pulla y la Calabria, invadir Sicilia y, alcanzada la victoria, repartirse por cuartas partes el botín y el Estado. Tuvo feliz éxito la empresa, y arrojados los Moros, ocuparon á Sicilia, después de cuya victoria Melorco hizo venir en secreto gente de Grecia y tomó posesión de la isla á nombre del Emperador, dividiendo sólo el botín.

Esto disgustó á Guillermo; pero reservó para tiempo más oportuno demostrar su disgusto, y partió de Sicilia con los príncipes de Salerno y de Capua, quienes se separaron de él para volver á sus casas. Guillermo no volvió á la Romaña, dirigiéndose con sus tropas á la

Pulla y ocupando súbitamente á Melí, y en poco tiempo, á pesar de las fuerzas del Emperador griego, dominó casi toda la Pulla y la Calabria, provincias que regía Roberto Guiscardo, su hermano, en tiempo de Nicolás II. Había tenido muchas cuestiones con sus sobrinos por la herencia de aquellos Estados, y acudió á la autoridad del Papa para terminarlas. El Pontífice intervino de buen grado, deseoso de atraerse á Roberto para que le defendiera de los Emperadores alemanes y de la insolencia del pueblo romano; como así sucedió, pues, según hemos dicho, á instancia de Gregorio VII hizo retirarse á Enrique de Roma y sometió á aquel pueblo.

A Roberto sucedieron Roger y Guillermo, sus hijos, y á sus Estados se añadieron Nápoles y toda la comarca entre Nápoles y Roma, y después Sicilia, que conquistó Roger. Posteriormente, yendo Guillermo á Constantinopla para casarse con la hija del Emperador, fué atacado por Roger, que se apoderó de sus Estados. Ensoberbecido por esta conquista, se hizo llamar primero rey de Italia y, contentándose posteriormente con el título de rey de la Pulla y Sicilia, fué el primero que ordenó y dió nombre á aquel reino, que hoy día continúa en sus antiguos límites, aunque ha cambiado de soberanos, procedentes de distintas casas, y aun de diversas naciones, porque degenerada la estirpe de los normandos, pasó el reino á los alemanes, después á los franceses, posteriormente á los aragoneses, y hoy lo poseen los flamencos.

XVII. Ascendido al pontificado Urbano II, á quien odiaban en Roma, y no creyendo estar seguro, por la desunión de Italia, emprendió una generosa empresa. Fué á Francia con todo el clero, reunió en la Auvernia

numeroso pueblo y predicó un sermón contra los infieles, enardeciendo tanto los ánimos, que determinaron la expedición contra los sarracenos en Asia, la cual, como otras posteriores, fueron llamadas después Cruzadas, porque cuantos iban en ellas llevaban puesta sobre la armadura y los vestidos una cruz roja. Los jefes de ésta fueron Godofredo, Eustaquio y Balduino de Bouillon, condes de Boloña, y un tal Pedro *el Ermitaño*, famoso por su prudencia y santidad; concurriendo á la empresa muchos reyes y pueblos con su dinero, y militando en ella sin merced alguna muchos guerreros. ¡Tanto influía entonces la Religión en el ánimo de los hombres, impulsados por el ejemplo de los capitanes de la Cruzada!

Fué esta empresa gloriosa en su principio, porque toda el Asia Menor, Siria y Egipto cayeron en poder de los cristianos. Ella dió origen á la Orden de los Caballeros de Jerusalén, que subsiste hoy día, poseyendo la isla de Rodas, único obstáculo que resta al poder de los mahometanos. También se fundó la Orden de los Templarios, que al poco tiempo decayó por sus malas costumbres.

Posteriormente y en diversas épocas ocurrieron varios acontecimientos que dieron celebridad á algunas naciones y á no pocos hombres. Los Reyes de Francia y de Inglaterra ayudaron personalmente á la empresa, y los pueblos pisano, veneciano y genovés adquirieron grandísima fama combatiendo con varia fortuna hasta el tiempo del sarraceno Saladino, cuyo valor y la división de los cristianos pusieron término á la gloria conseguida al principio, siendo arrojados de aquellas comarcas á los noventa años de haberlas recuperado con tanta honra y fortuna.

XVIII. A la muerte de Urbano fué elegido pontífice Pascual II, y poseía el imperio Enrique IV. Vino el Emperador á Roma, fingiendo amistad al Papa, y apriisionó á éste y á todo el clero, no devolviéndoles la libertad hasta que se le concedió poder disponer de la Iglesia de Alemania según su voluntad.

Murió en este tiempo la condesa Matilde, y dejó heredera de todos sus Estados á la Iglesia.

A Pascual II y á Enrique IV sucedieron varios Papas y Emperadores hasta que al Pontificado ascendió Alejandro III, y al trono imperial Federico de Suavia, llamado Barbarroja. En estos tiempos habían tenido los Pontífices grandes dificultades con el pueblo de Roma y con los Emperadores, que aumentaron considerablemente en el de Barbarroja. Era Federico excelente en la guerra, pero tan soberbio, que no podía sufrir la sumisión al Pontífice. Sin embargo, cuando fué elegido, vino á Roma por la corona y volvió pacíficamente á Alemania; pero esta disposición de su ánimo duró poco, porque volvió á Italia para someter algunas ciudades lombardas que no le obedecían. Ocurrió entonces que el cardenal de San Clemente, natural de Roma, se separó del papa Alejandro y algunos cardenales le eligieron Papa.

Encontrándose entonces el emperador Federico acampado junto á Crema, y quejándose á él Alejandro del antipapa, le contestó que fueran los dos á su presencia y él juzgaría quién era el verdadero Pontífice. Desagradó esta respuesta á Alejandro, y porque lo veía inclinado á favorecer al antipapa le excomulgó y se refugió al lado de Felipe, rey de Francia.

Federico continuó la guerra en Lombardia, tomó á

Milán y la destruyó, lo que ocasionó que Verona, Padua y Vicenza se unieran contra él en defensa común. Entretanto, había muerto el antipapa, y Federico nombró en su lugar á Guido de Cremona.

Los romanos, por la ausencia del Papa y por los obstáculos con que el Emperador tropezaba en Lombardia, recobraron alguna autoridad en la ciudad y procuraban la obediencia de las comarcas que anteriormente les habían estado sometidas. Y porque los de Túsculo no querían reconocer su autoridad, fueron sin organización militar contra ellos; pero Federico acudió á socorrerles, y derrotó á los romanos con tanto estrago, que en adelante dejó de ser Roma populosa y rica.

Volvió entonces el papa Alejandro á Roma, pareciéndole estar seguro por la enemistad de los romanos con Federico y por los enemigos que éste tenía en Lombardia; pero Federico, depuesta toda consideración de respeto, se dirigió á Roma, donde el Papa no le esperó, huyendo junto á Guillermo, rey de la Pulla, que había heredado este reino á la muerte de Roger.

Federico, obligado por la peste, levantó el sitio y volvió á Alemania, y las ciudades lombardas conjuradas contra él, para combatir á Pavia y Tortona, que eran del partido imperial, edificaron una ciudad [que fuera base de las operaciones de aquella guerra, poniéndola por nombre Alejandria, en honor del papa Alejandro y para mortificar á Federico.

Murió también el antipapa Guido, y fué nombrado en su lugar Juan de Termo, quien, sostenido por el partido del Emperador, residía en Montefiascone.

XIX. El papa Alejandro, entretanto, había ido á Túsculo, llamado por este pueblo para que con su auto-

ridad lo defendiese de los romanos, y allí recibió embajadores de Enrique, rey de Inglaterra, para manifestarle que dicho Rey no tenía culpa alguna, como le habían achacado, por la muerte del beato Tomás, obispo de Cantorbery. El Pontífice envió dos cardenales á Inglaterra para que averiguaran la verdad, y aunque no encontraron en el Rey culpa manifiesta, por la enormidad del pecado y por no haberle honrado como merecía, le impusieron por penitencia que convocara á todos los barones del reino, y en su presencia, bajo juramento, se justificase, y además mandara inmediatamente doscientos soldados á Jerusalén, pagados por un año, comprometiéndose á ir él personalmente en el término de tres años con el mayor ejército que pudiera reunir; que anulara todo lo hecho en su reino en perjuicio de la libertad eclesiástica, y permitiera á cada cual de sus súbditos apelar á la corte de Roma cuando quisiera hacerlo. Todas las condiciones las aceptó Enrique, sometiéndose un rey tan poderoso á un juicio al que no se sometería hoy, sin avergonzarse, un simple particular. Y mientras el Papa gozaba de tanta autoridad con los príncipes lejanos, no podía hacerse obedecer de los romanos ni conseguir de ellos que le permitieran vivir en Roma, aun prometiéndoles que sólo se ocuparía del gobierno eclesiástico. ¡Tan cierto es que las cosas que asustan son más temidas de lejos que de cerca!

Entretanto, había vuelto Federico á Italia, y mientras se disponía á hacer nueva guerra al Papa, todos sus prelados y barones le hicieron saber que le abandonarían si no se reconciliaba con la Iglesia; de suerte que se vió obligado á ir á Venecia y rendir respetuoso homenaje al Pontífice, terminando así sus querellas. En el

acuerdo entre ambos, privó el Papa al Emperador de toda autoridad sobre Roma, y nombró confederado de la Santa Sede á Guillermo, rey de Sicilia y de la Pulla.

No pudiendo Federico vivir en paz, acometió la empresa de Asia, para desfogar contra Mahometo la ambición que no había podido satisfacer contra el Vicario de Cristo, pero al llegar á orillas del río Cidno, excitado por la pureza del agua, se bañó, y el baño le causó la muerte, haciendo el agua mejor servicio á Mahometo que la excomunión á los cristianos, porque ésta enfrenó el orgullo de Federico, pero aquélla lo aniquiló.

XX. Muerto Federico, no quedaba al Papa sino domar la obstinación de los romanos; y después de muchas controversias sobre el nombramiento de los Cónsules, se convino en que los romanos, conforme á sus antiguas costumbres, los eligieran, pero no podrían ejercer el cargo sino previo juramento de fidelidad á la Iglesia. Este convenio ocasionó que el antipapa Juan huyera á Monte Albano, donde al poco tiempo murió.

Entretanto, había muerto Guillermo, rey de Nápoles, sin otra descendencia que su hijo natural Tancredo, por ello el Papa intentó apoderarse del reino; pero los barones no lo consintieron, prefiriendo que Tancredo reinara.

Era entonces papa Celestino III, que, deseoso de privar á Tancredo del reino de Nápoles, hizo que Enrique, hijo de Federico, fuese nombrado Emperador, prometiéndole el reino de Nápoles, bajo condición de que restituyese á la Iglesia las tierras que la pertenecían; y para facilitar la cosa, sacó de un monasterio á Constanza, hija de Guillermo, ya vieja, y la dió por esposa á Fede-

31007

rico. De esta suerte pasó el reino de Nápoles de los normandos, que lo fundaron, á los alemanes.

El emperador Enrique, arregladas las cosas de Alemania, vino á Italia con su mujer Constanza y con un hijo de cuatro años, llamado Federico, y sin gran dificultad se apoderó del reino, porque ya había muerto Tancredo, dejando un hijo, niño todavía, llamado Roger.

Algún tiempo después murió Enrique en Sicilia, sucediéndole en el reino Federico y en el imperio Othón, duque de Sajonia, elegido por influencia del papa Inocencio III. Pero apenas ocupado el trono imperial, Othón, contra la opinión de todos, se convirtió en enemigo del Pontífice, ocupó la Romaña y se preparaba á invadir el reino de Nápoles cuando el Papa le excomulgó, por lo cual le abandonó todo el mundo, y los Electores nombraron emperador á Federico, rey de Nápoles. Vino Federico á Roma para coronarse, y el Papa no quiso coronarle, porque temía su poder y procuraba alejarle de Italia, como había alejado á Othón. Enojado Federico pasó á Alemania y, en guerra con Othón, le venció.

Por entonces murió Inocencio, que, entre otros monumentos insignes, había hecho edificar el hospital del Espíritu Santo en Roma.

Le sucedió Honorio III, en cuyo pontificado se fundaron las Ordenes de Santo Domingo y de San Francisco en 1218. Coronó este Pontífice á Federico, al cual dió una de sus hijas por esposa Juan, descendiente de Balduino, rey de Jerusalén que, con las reliquias de los Cruzados, estaba en Asia y llevaba aún este título, concediéndoselo con la dote, á Federico. Este es el origen

de que los reyes de Nápoles se titulen reyes de Jerusalén.

XXI. Italia estaba entonces organizada del modo siguiente. Los romanos no elegían Cónsules, sino en vez de ellos y con la misma autoridad uno ó más senadores. Aun duraba la liga que hicieron las ciudades de Lombardia contra Federico Barbarroja, y estas ciudades eran Milán, Brescia y Mantua, con la mayor parte de las de la Romaña, y además Verona, Vicenza, Padua y Treviso. De parte del Emperador estaban Cremona, Bérgamo, Parma, Regio, Módena y Trento. Las demás ciudades y fortalezas de Lombardia, Romaña y la Marca Trevisana favorecían, según la necesidad, á una ú otra de ambas partes. Vino á Italia en tiempo de Othón III un tal Ezelino, que, permaneciendo aquí, tuvo un hijo, y éste engendró otro Ezelino. Siendo éste rico y poderoso, se unió á Federico II, que, según dijimos, se había declarado enemigo del Papa, y viniendo á Italia, por la ayuda y fuerzas de Ezelino, tomó á Verona y Mantua, destruyó á Vicenza, ocupó á Padua, y después se dirigió hacia Toscana. Entretanto, Ezelino había sometido toda la Marca Trevisana; pero no pudo tomar á Ferrara, porque la defendió Azón de Este y las tropas que el Papa tenía en Lombardia; por lo cual, cuando fué levantado el sitio, dió el Papa dicha ciudad en feudo á Azón de Este, de quien descienden los que aun hoy día la gobiernan.

Detúvose Federico en Pisa, deseoso de apoderarse de la Toscana y, al procurar reconocer sus amigos y sus enemigos en esta provincia, sembró tanta discordia, que fué causa de la ruina de toda Italia; porque los partidos güelfo y gibelino se multiplicaron, llamándose güelfos los que seguían á la Iglesia, y gibelinos los partidarios

del Emperador, siendo en Pistoia donde primero se oyó este nombre.

Partió Federico de Pisa, y de varios modos devastó y asoló las tierras de la Iglesia, tanto, que el Papa, no teniendo otros medios de defensa, publicó contra él una Cruzada, como sus antecesores hicieron contra los sarracenos. Federico, porque no le abandonaran súbitamente sus tropas, como había ocurrido á Federico Barbarroja y á otros de sus antecesores, tomó á sueldo bastantes sarracenos, y deseoso de obligarles en su favor y de tener en Italia contra la Iglesia baluarte seguro que no temiese las maldiciones pontificias, les dió á Nocera en el reino de Nápoles, para que, poseyendo refugio propio, le sirvieran con mayor seguridad.

XXII. Fué elegido pontífice Inocencio IV que, por temor á Federico, se trasladó á Génova, y de aquí á Francia, reuniendo un concilio en Lyon, al cual determinó ir Federico; pero le detuvo la rebelión de Parma. Rechazado en esta empresa, fué á Toscana, y de allí á Sicilia, donde murió. Dejo en Suavia á Conrado su hijo, y en la Pulla á Manfredo, que le nació de una concubina, y al cual había hecho duque de Benevento. Vino Conrado á tomar posesión del reino, y al llegar á Nápoles murió, dejando por único sucesor á Conradino, niño de pocos años, que estaba en Alemania.

Manfredó, primero como tutor de Conradino, gobernó el Estado, y después, haciendo correr fama de que Conradino había muerto, se proclamó Rey contra la voluntad del Papa y de los napolitanos, á quienes por fuerza hizo consentir su usurpación.

Mientras ocurrían tales sucesos en el reino de Nápoles, continuaban en Lombardia grandes movimientos

entre güelfos y gibelinos. Contaban los primeros con un legado del Papa, y los segundos con Ezelino, que dominaba casi toda la Lombardia del lado de allá del Po; y porque, durante la guerra, se le rebeló Padua, hizo morir 12.000 paduanos. El también murió antes de terminar la guerra y á la edad de ochenta años, por cuya muerte todas las tierras que poseía quedaron libres.

El rey de Nápoles, Manfredó, continuaba la enemistad con la Iglesia que sus antecesores tuvieron, y el Papa, que era Urbano IV, vivía en continua alarma, tanto, que, para someterle, publicó el Pontífice una Cruzada contra él y fué á esperar las tropas á Perusa. Pero observando que la gente acudía tarde y era el ejército débil y poco numeroso, juzgó que para vencer á Manfredó necesitaba socorro más eficaz, y pidió ayuda y favor á Francia, nombrando rey de Sicilia y de Nápoles á Carlos de Anjou, hermano de Luis, rey de Francia, y excitándole á venir á Italia para apoderarse de aquel reino. Antes de llegar Carlos á Roma murió el Papa, sucediéndole en el solio Clemente IV, en cuyo tiempo arribó Carlos á Ostia con treinta galeras y ordenó que lo demás de su ejército viniera por tierra. Mientras permanecía en Roma, los romanos, agradecidos, le nombraron senador, y el Papa le dió la investidura del reino con obligación de pagar anualmente á la Iglesia 50.000 florines. Decretó además que, en lo porvenir, ni Carlos ni ningún otro rey de Nápoles pudieran ser Emperadores.

Dirigiéndose Carlos contra Manfredó, lo derrotó y mató junto á Benevento, apoderándose de Sicilia y del reino de Nápoles. Pero Conradino, á quien por testamento de su padre pertenecía aquel reino, reuniendo

bastante gente en Alemania, vino á Italia contra Carlos, con quien combatió en Tagliacozzo, siendo primero derrotado, y después, en la huida, sin ser conocido, preso y muerto.

XXIII. Tranquila estuvo Italia hasta el pontificado de Adriano V. Estando Carlos en Roma y gobernándola por su cargo de senador, el Papa, que no podía sufrir su autoridad, trasladó la residencia á Viterbo, y solicitó del emperador Rodolfo que viniera á Italia contra Carlos. De esta suerte, los Pontífices, ora por celo religioso, ora por su propia ambición, no cesaban de llamar á Italia hombres nuevos y provocar nuevas guerras; y cuando habían hecho poderoso á un príncipe, se arrepentían y procuraban su ruina, no permitiendo que lo que ellos, por su debilidad, no podían poseer, lo poseyera otro. Y temíanles los príncipes, porque siempre, ó combatiendo ó huyendo, vencían; como no les sorprendieran con algún engaño, como sucedió á Bonifacio VIII y á algunos otros á quienes los Emperadores, bajo capa de amistad, prendieron.

Detenido por la guerra que tenía con el rey de Bohemia, no vino Rodolfo á Italia. Entretanto murió Adriano, y fué elegido Nicolás III, de la casa de los Orsini, hombre audaz y ambicioso que, pensando aminorar por todos los medios el poder de Carlos, procuró que el emperador Rodolfo se quejara de que Carlos tenía un gobernador en Toscana favorable al partido güelfo, restablecido por él en aquella provincia después de la muerte de Manfredo. Cedió Carlos á las pretensiones del Emperador y retiró sus gobernadores, mandando el Papa un cardenal, sobrino suyo, por gobernador á nombre del Imperio. El Emperador, en agradecimiento á este ho-

nor, restituyó á la Iglesia la Romaña, que sus antecesores le habían quitado. El Papa nombró duque de Romaña á Bertoldo Orsino, y creyendo que era ya bastante poderoso para hacer frente á Carlos, le quitó el cargo de senador, decretando además que ninguno de estirpe regia pudiera ser senador en Roma.

Intentaba también quitar á Carlos la Sicilia, y con tal propósito entabló secretas negociaciones con Pedro de Aragón, las cuales, en tiempo de su sucesor, produjeron el efecto buscado. Deseaba igualmente que dos de sus parientes fueran reyes, uno de Lombardia y otro de Toscana, con cuyo poder se defendiera la Iglesia de los tudescos que quisieran venir á Italia, y de los franceses que estaban en el reino de Nápoles. Murió sin poder realizar estos proyectos, siendo el primer Papa que aparentemente mostró la propia ambición y que, con pretexto de engrandecer á la Iglesia, honrara y beneficiara á sus parientes.

No se hace mención en los tiempos anteriores de sobrinos ó parientes de ningún Pontífice; pero desde ahora en adelante será frequentísimo, y aun tendremos que citar á sus hijos. No falta intentar á los Papas, que hasta ahora han procurado hacerlos príncipes, sino convertir en lo porvenir el Pontificado en hereditario. Verdad es que los principados creados para ellos han sido de corta vida, porque las más veces, por vivir poco tiempo los Pontífices, ó no arraigaba la institución, ó la dejaban con tan pocas y débiles raíces, que al primer viento, por falta de la savia que les dió vida, desaparecían.

XXIV. A este Papa sucedió Martín IV que, por ser francés, favoreció el partido de Carlos. Éste, en

agradecimiento, envió su ejército á la Romaña, que se había rebelado, y estando acampado en Forli, el astrólogo Guido Bonatto ordenó que en un punto por él designado le atacara el pueblo, de modo que todos los franceses fueron presos y muertos.

En este tiempo tuvo efecto lo convenido entre el papa Nicolás III y Pedro de Aragón, matando los sicilianos todos los franceses que había en aquella isla, de la cual se hizo señor Pedro, diciendo pertenecerle por estar casado con Constanza, hija de Manfredo.

Carlos murió cuando estaba haciendo los preparativos para recobrar á Sicilia. Sucedióle su hijo Carlos II, que en esta guerra quedó prisionero en Sicilia y, para recobrar la libertad, prometió volver á la prisión si en el término de tres años no conseguía del Papa la investidura del reino de Sicilia para los reyes de Aragón.

XXV. El emperador Rodolfo, en vez de venir á Italia y afirmar en ella la reputación del Imperio, envió un embajador autorizado para dar libertad á cuantas ciudades quisieran comprarla. Muchas la compraron, y con la libertad cambiaron su forma de gobierno.

Adolfo de Sajonia sucedió en el Imperio, y en el pontificado Pedro de Murrone, que tomó el nombre de Celestino, el cual, siendo ermitaño y de santa vida, á los seis meses renunció al pontificado, siendo elegido Bonifacio VIII.

Los cielos, que sabían llegaría tiempo en que franceses y tudescos se irían de Italia, quedando esta nación en manos de los italianos, para que el Papa, cuando desaparecieran los obstáculos ultramontanos, no pudiera ni afirmar ni gozar de su poder, hicieron que creciera en Roma la influencia de dos poderosísimas

familias, los Colonnas y los Orsini, para que con su grandeza y proximidad al Solio Pontificio, debilitasen la autoridad del Papa. Bonifacio VIII, que conocía muy bien todo esto, procuró extinguir á los Colonnas, y además de excomulgarles, promulgó una Cruzada contra ellos. Todo esto les dañó bastante, pero mucho más á la Iglesia; porque aquellas armas, empleadas con buen éxito en defensa de la fe, al dirigirlas por personal ambición contra los cristianos comenzaron á enmohecerse, y el deseo de saciar el propio apetito hacía que los Pontífices quedaran poco á poco desarmados. Además de esto, privó del cardenalato á dos que pertenecían á aquella familia. Huyó Sciarra, el jefe de esta casa, y cayó en poder de los corsarios catalanes, que, no sabiendo quien era, le pusieron á remar; pero conocido después en Marsella, fué enviado al rey Felipe de Francia, á quien también había excomulgado y privado del reino Bonifacio.

Considerando Felipe que en guerra abierta contra los Pontífices, ó perdería ó correría graves peligros, acudió al engaño; y simulando deseo de ponerse de acuerdo con el Papa, envió á Sciarra secretamente á Italia, quien al llegar á Agnani, donde estaba Bonifacio VIII, reunió de noche á sus amigos y prendió al Papa. Poco después le libertó el pueblo de Agnani pero el dolor de aquella injuria le hizo morir desesperado.

XXVI. Bonifacio ordenó el jubileo del año 1300, y determinó que se celebrara cada cien años.

En este tiempo continuaron las luchas entre los partidos güelfo y gibelino y, por haber abandonado á Italia los Emperadores, muchas ciudades recobraron la libertad y muchas fueron presa de tiranos.

El papa Benedicto restituyó el capelo á los cardenales Colonna y dió nueva bendición al rey Felipe.

A este Papa sucedió Clemente V, francés de nacimiento, que trasladó la Sede á Francia en 1305.

Por entonces murió Carlos II, rey de Nápoles, al cual sucedió su hijo Roberto. El trono imperial lo ocupaba Enrique de Luxemburgo, quien vino á Roma para coronarse, aunque el Papa no estaba en ella. Su viaje produjo bastantes alteraciones en Lombardía, porque el Emperador llamó á todos los desterrados, güelfos ó gibelinos, y sucedió que estos partidos, en constante lucha, desterrábanse el uno al otro, según eran vencedores ó vencidos, sin que todos los esfuerzos del Emperador pudiesen evitarlo.

Al partir de Lombardía, fué por el camino de Génova á Pisa, donde intentó quitar la Toscana al rey Roberto. No pudo conseguirlo y pasó á Roma. Aquí estuvo pocos días, porque los Orsini, con el apoyo del rey Roberto, le echaron, y volvió á Pisa. Para emprender más seguramente la guerra en la Toscana y quitársela al rey Roberto, hizo que la atacara Federico, rey de Sicilia. Pero cuando esperaba apoderarse rápidamente de ella y privar al rey Roberto de este Estado, murió, sucediéndole en el imperio Luis de Baviera.

Entretanto, ascendió al pontificado Juan XXII, en cuyo tiempo el Emperador no cesaba de perseguir á los güelfos y á la Iglesia, siendo ésta en gran parte defendida por el rey Roberto y por los florentinos. De esto se originaron bastantes guerras hechas en Lombardía por los Visconti contra los güelfos, y en Toscana por Castruccio de Luca contra los florentinos.

Y como la familia Visconti fué fundadora del ducado

de Milán, uno de los cinco principados que después gobernaron Italia, creo conveniente comenzar su historia desde tiempos anteriores.

XXVII. Hecha la liga de las ciudades de Lombardía, que antes hemos mencionado, para defenderse de Federico Barbarroja, y reedificada de sus ruinas Milán, para vengarse de la ofensa recibida, se unió á la liga, que refrenó á Barbarroja y dió vida durante algún tiempo al partido de la Iglesia en Lombardía. Entre las perturbaciones que produjeron las guerras siguientes, llegó á ser poderosísima en Milán la familia llamada de la Torre, cuya reputación fué en aumento mientras tuvieron los Emperadores en aquella provincia escasa autoridad. Pero al venir Federico II á Italia, y al aumentar el poder del partido gibelino los esfuerzos de Ezelino, se extendió á muchas ciudades la influencia de esta facción, y en Milán era cabeza de ella la familia Visconti, que expulsó á la de la Torre. No estuvo, sin embargo, mucho tiempo expatriada pues, por el acuerdo entre el Emperador y el Papa, volvió á Milán.

Trasladada la Sede Pontificia á Francia, y cuando vino á Italia Enrique de Luxemburgo para coronarse emperador en Roma, recibieronle en Milán Maffeo Visconti y Guido de la Torre, que eran los jefes de aquellas familias. Proyectó Maffeo valerse del Emperador para expulsar á Guido. Juzgando fácil la empresa, por ser éste del partido contrario al Imperio, aprovechó el disgusto que al pueblo causaban los excesos de los tudescos, y cautamente iba animando á cada cual á que se armase para salir de la servidumbre de aquellos bárbaros. Cuando le pareció que todo estaba dispuesto para el logro de su propósito, promovió por medio de algunos agentes suyos

un tumulto, y con tal ocasión, todo el pueblo tomó las armas contra los tudescos.

Al ocurrir este escándalo, Maffeo con sus hijos, y todos sus partidarios, se armaron y acudieron á Enrique, diciéndole que aquel tumulto lo promovían los de la Torre, quienes, no satisfechos de vivir en Milán privadamente, aprovechaban la ocasión, intentando despojarle para atraerse á los güelfos de toda Italia, y llegar á ser principes de aquella ciudad; pero que estuviera tranquilo, porque ellos con su partido, cuando quisiera defenderse, le salvarían de todos modos. Creyó el emperador Enrique cuanto le decía Maffeo, y uniendo sus fuerzas á las de los Visconti, atacó á los de la Torre, que habían acudido á diversos barrios de la ciudad para calmar la sedición, y matando á los que encontraron, despojaron de sus bienes y desterraron á los demás.

Continuó Maffeo Visconti soberano de Milán, y tuvo por sucesores á Galeazzo y Azzo, y después de éstos á Luchino y Juan: éste llegó á ser arzobispo de Milán. De Luchino, que murió antes que Juan, quedaron dos hijos, Bernabé y Galeazzo; y falleciendo poco tiempo después Galeazzo, dejó sucesor á Galeazzo, llamado conde de Vertús. Éste, después de la muerte del Arzobispo, engañó y mató á su tío Bernabé, quedó por único príncipe en Milán, y fué el primero que se tituló Duque. Dejó dos hijos, Felipe y Juan María Angel, y muerto éste por el pueblo milanés, quedó el Estado á Felipe, que no tuvo hijos varones, pasando el principado de la casa de los Visconti á la de los Sforza, en forma y ocasión que oportunamente referiremos.

XXVIII. Volviendo á la interrumpida narración en donde la dejamos, el emperador Luis para aumentar la

reputación de su partido, y para hacerse coronar, vino á Italia. Al llegar á Milán, para buscar motivo de sacar dinero á los Milanese, fingía querer dejarles en libertad, y prendió á los Visconti. Después, por mediación de Castruccio de Luca, les dió libertad; y dirigiéndose á Roma, á fin de perturbar á Italia más fácilmente, hizo antipapa á Pedro de la Corvara, con cuyo prestigio, y con la fuerza de los Visconti, proyectaba hacer frente al partido contrario en Toscana y Lombardía. Pero Castruccio murió, y esta muerte fué el principio de su ruina, porque se le rebelaron Pisa y Luca, y los pisanos enviaron el antipapa prisionero al Papa á Francia; de suerte que, desesperando el Emperador del éxito de sus empresas en Italia, volvió á Alemania.

Apenas partió, vino á Italia el rey Juan de Bohemia, llamado por los gibelinos de Brescia, y se apoderó de esta ciudad y de Bérgamo. Este viaje lo hizo con el consentimiento del Papa, aunque fingiera lo contrario; y por ello el Legado de Bolonia lo favorecía, juzgando que era buen recurso para que el Emperador no volviese á Italia.

Esta conducta cambió el estado de las cosas en Italia, porque los florentinos y el rey Roberto, al ver que el Legado favorecía la empresa de los gibelinos, convirtieron en enemigos de cuantos el Legado y el Rey de Bohemia favorecían con su amistad; y sin atender á las denominaciones de güelfo y gibelino, se unieron muchos principes, entre ellos los Visconti, los de la Scala, el mantuano Felipe Gonzaga, el de Carrara, y el de Este. El Papa excomulgó á todos, y el Rey, por temor á esta liga, se fué á su patria para reunir más fuerzas. Volvió después á Italia con mayor ejército, pero no por ello

le fué más fácil la empresa, tanto que, temeroso, y con disgusto del Legado, regresó á Bohemia, dejando guarnición solamente en Regio y Módena, y entregando Parma á Marsilio y Pedro de Rossi, que en esta ciudad eran poderosísimos.

Al partir el Rey de Bohemia, Bolonia se unió á la liga, y los confederados se repartieron las cuatro ciudades que quedaban al bando de la Iglesia, conviniendo que Parma fuera de los Scala, Regio de los Gonzaga, Módena de la casa de Este, y Luca de los florentinos. La ejecución de este proyecto ocasionó muchas guerras, que en gran parte terminaron después los venecianos.

Parecerá á alguno inconveniente que, al referir tantos sucesos ocurridos en Italia, hayamos diferido hasta ahora hablar de los venecianos, cuando su República, por el rango y poderío, debe ser considerada superior á los demás Estados de Italia. Cesará la extrañeza al saber el motivo; y para decirlo, referiré el principio de esta República, á fin de que todos sepan cuál fué su origen y cuáles las razones porque intervino tan tarde en los asuntos de Italia.

XXIX. Cuando Atila, rey de los Hunos, sitió á Aquilea, los habitantes de esta ciudad, después de defenderse largo tiempo, desesperados de vencer, con sus bienes muebles, y como mejor pudieron, refugiáronse en muchos escollos deshabitados que había al extremo del mar Adriático. También los paduanos, viendo que se acercaba el fuego, y temiendo que, vencida Aquilea, viniera Atila contra ellos, llevaron todos sus objetos de más valor á un sitio llamado Rivo-Alto, dentro del mismo mar, y allí también enviaron á las mujeres, niños y ancianos, quedando sólo en Padua la juventud para

defenderla. Además de los paduanos, fueron al mismo sitio, por igual temor, los de Monselice, y los habitantes de las colinas que rodean esta ciudad.

Tomada Aquilea, y arrasadas por Atila, Padua, Monselice, Vicenza y Verona, los paduanos, y los más poderosos de estas comarcas, se establecieron en las lagunas que rodean á Rivo-Alto (Rialto). De igual modo acudieron á las lagunas para habitar en ellas, y por la misma causa, los pueblos inmediatos á aquella provincia, que antiguamente se llamaba Venecia. Obligados de esta suerte, abandonaron por necesidad comarcas fértiles y amenas para habitar en sitios estériles, irregulares, y privados de toda comodidad: pero la acumulación repentina de habitantes los convirtió en brevisimo tiempo, no sólo en habitables, sino en amenos. Y estableciendo gobierno y leyes, mientras sufría Italia tantas calamidades, vivieron tranquilos y seguros, aumentando en breve tiempo su fama y poderío.

Además de los predichos habitantes, refugiáronse allí muchos de las ciudades de Lombardía, principalmente huyendo de la crueldad de Clefi, rey de los Longobardos, que no contribuyeron poco al engrandecimiento de Venecia, tanto que, cuando Pipino, rey de Francia vino, á ruegos del Papa, para echar de Italia á los Longobardos, en los convenios que hizo con el Emperador de los Griegos, se estableció que ni el duque de Benevento ni los venecianos obedeciesen á ninguno de ambos soberanos, quedando en libertad de gobernarse.

Como la necesidad les había obligado á habitar dentro del agua, sin poder valerse de la tierra, idearon otros medios de vivir honradamente; y navegando con sus barcos por todo el mundo, llenaban su ciudad de las va-

riadas mercancías que necesitan los demás hombres, obligándoles por este medio á acudir allí para proveerse de ellas. Durante muchos años no pensaron en otros dominios que en los apropiados para facilitar su comercio, y por esto se apoderaron de bastantes puertos en Grecia y en Siria. Cuando los franceses fueron á Asia, en pago del servicio que con sus barcos les prestaron, recibieron la isla de Candía.

Mientras vivieron de este modo eran en el mar temidos y en Italia respetados, nombrándoseles casi siempre árbitros en las cuestiones que se suscitaban, como sucedió en la promovida entre los coligados por las ciudades que se habían repartido. Entonces adjudicaron Bérgamo y Brescia á los Visconti. Pero ocupando ellos con el tiempo á Padua, Vicenza, Treviso, después á Verona, Bérgamo y Brescia, y en el reino de Nápoles y en la Romaña muchas ciudades, la codicia de dominar les hizo tan poderosos, que no sólo eran temidos de los príncipes italianos, sino de los reyes ultramontanos. Por ello se conjuraron contra esta República, y en un día les quitaron todos los dominios que durante muchos años y con infinitos gastos habían adquirido. Y aunque en estos tiempos han reconquistado parte de ellos, no habiendo recobrado ni la fama ni la fuerza, viven á discreción ajena como los demás príncipes italianos.

XXX. Había ascendido al pontificado Benedicto XII. Creía este Papa perdida en absoluto la posesión de Italia, y temiendo que el emperador Luis se apoderase de ella, determinó granjearse la amistad de cuantos habían usurpado tierras dependientes de la autoridad imperial, para que, por justos motivos de miedo al Imperio, se uniesen al Pontífice en la defensa de Italia. Así,

pues, decretó que todos los tiranos de Lombardia poseyeran con justo título cuantas ciudades habían usurpado.

Murió el Papa á poco de esta concesión, sucediéndole Clemente VI, y viendo el Emperador con cuánta liberalidad daba el Pontífice los dominios del Imperio, por no ser él menos liberal de las cosas ajenas, donó las ciudades de la Iglesia á cuantos eran tiranos en ellas, para que las poseyeran á nombre de la autoridad imperial. Por esta determinación llegaron á ser Galeoto Malatesta y sus hermanos señores de Rímmini, de Pésaro y de Fano; Antonio de Montefeltro, de la Marca y de Urbino; Gentil de Varano, de Camerino; Guido de Polenta, de Ravena; Sinibaldo Ordelaffi, de Forli y Cesena; Juan Manfredi, de Faenza; Luis Alidosi, de Imola, y otros varios de distintas ciudades, quedando muy pocas sin príncipe en todos los dominios de la Iglesia.

Esta división debilitó la dominación pontificia hasta Alejandro VI, que en nuestros tiempos la ha restablecido, arruinando á los descendientes de aquellos príncipes.

El Emperador, cuando hizo tales concesiones, se encontraba en Trento procurando correr voces de que quería pasar á Italia. Habían estallado guerras en Lombardia, apoderándose los Visconti de Parma.

Por entonces murió Roberto, rey de Nápoles, dejando dos nietas, hijas de su hijo Carlos, que mucho antes había muerto. A la mayor, llamada Juana, la instituyó heredera del reino, determinando que casara con su nieto Andrés, hijo del Rey de Hungría. No vivió mucho Andrés con ella, porque Juana le hizo morir y se casó con otro primo suyo, príncipe de Tarento, llamado Luis. Pero el rey Luis de Hungría, hermano de Andrés, por